

á todo el que fuese hallado en casa ajena; que se abriesen á la fuerza y se pusieran bajo sellos las casas desocupadas; que se estableciera un cordon de tropas en Paris, para que nadie pudiese huir; y entretanto que se llevaban á cabo estas medidas, un tribunal revolucionario comenzó á hacer indagaciones en las casas, á formar procesos, y á publicar interminables listas de proscripción.

Al rey, que fué conducido preso al *Temple*, no le quedó ya que hacer sino mostrar su valor para soportar los padecimientos: Lafayette, último defensor de la constitucion y del rey, escarnecido por los periódicos (1), se refugió en el territorio austriaco, cuyo gobierno lo tuvo sepultado en una torre por espacio de cinco años. Petion, hombre de aquella medianía solemne que agrada á las turbas, y de aquella debilidad que place á los anarquistas, hábil para ostentar su fingida virtud, y pronto para encubrir las violencias y dar un aspecto de legalidad á los atentados que no se atrevia á castigar, fué puesto á la cabeza del ayuntamiento, el cual entonces prevalecia sobre la asamblea legislativa, y queria ejecutar por sí lo que le parecia que la autoridad ejecutaba débilmente. Este Petion, guardando el equilibrio entre los jacobinos y los girondinos, fué de hecho rey del pueblo, con la condicion de ser su esclavo y cómplice; siempre hallaba una excusa para cualquier esceso popular, y hasta sus mismas reconvenções eran promesas de impunidad.

Mientras tanto, la coalicion dirigia sus esfuerzos contra Francia. Suponíase entonces, que Inglaterra habia fomentado la revolucion

(1) Desmoulins escribia acerca de Lafayette lo que sigue: "Libertador de dos mundos, flor de los genizaros, fénix de los alguaciles, D. Quijote de Capeto y de las dos cámaras, constelacion del caballo blanco, mi voz es demasiado débil para superar los clamores de vuestros treinta mil espías é igual número de satélites, para dominar el rumor de vuestros cuatrocientos tambores, y de vuestros cañones cargados con uvas. Hasta ahora habia yo hablado de vuestra alteza mas que real, por lo que decian Barnave, Lameth y Dupont, y con arreglo á esto os denunciaba á los ochenta y tres departamentos como un ambicioso que queria hacer ostentacion de su persona, como un esclavo de la corte, semejante á aquellos mariscales de la Liga, á quienes las revueltas habian dado el baston, y que considerándose como bastardos querian hacerse legitimar. Pero ved aquí que en un momento os abrazais y os proclamais unos á otros padres de la patria, y decís á la nacion: "Fíate en nosotros que somos otros tantos Cincinatos, Washingtons y Aristidis." ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen á los atenienses, á quienes Demóstenes decia: "Siempre hareis lo que aquellos atletas, que heridos en una parte llevan á ella la mano, que heridos en otra la llevan á ella tambien, y siempre ocupados en reconocer los golpes que reciben, no saben darlos, ni evitarlos, etc."

francesa; y si bien este hecho no tiene en su apoyo pruebas positivas, no dejó de conocerse desde el primer momento, que de Inglaterra procederia la mayor dificultad.

La clemencia del rey Jorge hacia en aquellas islas omnipotente á la aristocracia, porque el parlamento y Pitt, que era su alma, no tenian una voluntad superior que se opusiera á sus deseos. Los muchos clubs que habia en el país, principalmente en las ciudades fabriles, tendian á la democracia y pedian reformas radicales. Agradabanles los actos de la asamblea nacional francesa como esfuerzos de una nacion que sacude su yugo, cuya pesadez habia sido exagerada en Inglaterra; la revolucion era el tema mas frecuente de discusion en las cámaras y en los periódicos; y si el alto clero y la iglesia legal la aborrecian, los hombres políticos la veian con gusto, porque arruinaba á la nacion rival y castigaba á Luis XVI que habia auxiliado á los americanos; no agradando menos á los protestantes porque abatia el catolicismo, y á los liberales porque proclamaba la emancipacion de la razon. Bajo aquel impulso, las antiguas cuestiones se convirtieron en declaracion de los derechos del hombre; exigióse para Inglaterra lo mismo que Francia habia obtenido, rechazando aquel progreso pacífico, se formaron públicamente sociedades que entraron en correspondencia con las francesas; y á las tranquilas discusiones sucedieron los tumultos.

En el parlamento eran partidarios de las reformas Fox, Erskine y algunos otros lores, como Aolland, Bedford y Grey. Sheridan, poeta irlandés, espléndido, gastador, aficionado á las mujeres y al vino, director del teatro de Drury Lane, aplaudido por la *Escuela de la maledicencia*, guardaba silencio en la cámara, pero publicaba muchos escritos de ardiente oposicion. Carlos Fox, hombre de carácter vehemente, pero débil, y de gran fuerza intelectual, emparentado con la aristocracia, pero de doctrinas populares, queria entre viciosos ostentar nobleza, y decidir en medio del juego y de las orgías los grandes negocios. En la tribuna decia: "Admiro la nueva constitucion de Francia como el mas glorioso monumento de libertad que ha elevado en todo tiempo y lugar la razon humana." Pero si estos hombres hubiesen vencido y obtenido la reforma parlamentaria en aquellas turbulentas circunstancias, habria perecido la Gran-Bretaña.

Los delitos que fueron acompañados de la revolucion, y acaso mas que todo, la democracia proclamada por ella, cambiaron los sentimientos de los ingleses, y hasta en los whigs moderados, entró la desconfianza. Creíase que la Rusia trataba de conmovier la Inglaterra para estenderse, á la sombra de estas conmociones, hácia el Oriente, los fugitivos franceses, refugiados en la Gran Bretaña, excitaban la piedad de los naturales en su favor, y la indignacion contra sus enemigos, y así la aristocracia se declaró contraria

á Francia. Burke, celoso partidario de las libertades antiguas defendidas por los whigs, pero grave pensador y adicto á la monarquía feudal, afectado por los actos de violencia dirigidos contra la reina y la religion, publicó una especie de manifiesto de guerra que escitó la comiseracion de los ingleses en favor de los régios infortunios. Cuando despues Fox aplaudió en la tribuna los actos revolucionarios, y la resistencia contraria á las órdenes del rey por sus propios soldados, Burke, con todas las consideraciones debidas al amigo, lo censuró de que así se erigiese en apóstol del despotismo. "¿Cómo comparar, dijo, esa cosa extraordinaria que en Francia se llama revolucion, con los hechos gloriosos de la revolucion inglesa, y la conducta de nuestros soldados con los motines de algunos regimientos franceses? Entonces el príncipe de Orange, individuo de sangre real, fué llamado por la flor de la nobleza inglesa á defender la antigua constitucion, no á reducir á un mismo nivel todas las condiciones; á él se dirigieron los jefes de la aristocracia con las tropas que mandaban, como al libertador del país; la obediencia militar cambió de objeto, pero no cesó la disciplina; é igual diferencia se encuentra en toda la nacion. La revolucion inglesa y la de Francia son precisamente antípodas, tanto en los pormenores como en el carácter general. Entre nosotros la monarquía legal intentaba convertirse en arbitraria; en Francia un monarca arbitrario comenzaba á dar el carácter de legalidad á su poder, por lo cual aquella debia encontrar resistencia, y éste apoyo.

"Nosotros no abolimos la monarquía, antes bien la consolidamos; la nacion conservó la misma gerarquía, los mismos privilegios y franquicias, los mismos modos de ser de la propiedad, las mismas reglas para procurar ingresos al erario, la misma magistratura y los lores, y los comunes, y las corporaciones, y los electores mismos; la Iglesia no fué debilitada ni despojada de sus riquezas, de su esplendor, de su gerarquía."

No obstante, Fox, halagando tambien al amigo, decia: "Yo admiro las ideas generales y la noble conducta de la asamblea nacional, y no comprendo cómo se la pueda acusar de haber trastornado las leyes, la justicia, la fortuna pública del país. ¿Qué leyes eran esas? Las órdenes arbitrarias del despotismo. ¿Qué justicia? Las decisiones parciales de una magistratura venal. ¿Qué renta pública? La bancarota autorizada. Yerra mi amigo acusando á la asamblea nacional de haber creado males que ya existian en toda su deformidad cuando fué reunida. ¿Y qué remedio podia ponerse á estos males sino la reforma radical de toda la constitucion? Ni era este solamente un deseo aislado de la asamblea nacional; era el deseo de la Francia entera, unida como un solo hombre y para un mismo objeto."

Así los dos jefes whigs, ligados por su mútua estimacion y por su afecto á la libertad,

quedaron desde aquel momento separados en política, con gran mengua de la fuerza del partido liberal. De esta separacion se regocijó Pitt, el cual ya habia comprendido las ventajas que reportaria la Gran Bretaña de ponerse en oposicion con Francia. Pero como los esfuerzos hechos contra la América se habian frustrado por no haber estado sostenidos por la opinion popular, Pitt, amaestrado por esta esperiencia, aguardó á que aquella opinion se manifestara para declararse adversario de la revolucion francesa; por lo cual Mirabeau lo llamaba el ministro de los preparativos, y añadia: "si yo viviese, mucho le habia de dar que hacer."

Sin embargo, al abrirse el parlamento en 1792, Pitt, esponiendo el estado del país, manifestó que éste era de lo mas floreciente, y aseguró que "ya se atendiese á la situacion interior, ya se considerasen las relaciones con las potencias extranjeras, nunca habian sido tan remotas las probabilidades de guerra. ¡Pobre prevision humana! Al dia siguiente comenzaba el terrible duelo entre la casa de Austria y Francia. La Inglaterra al principio se declaró neutral, y lo mismo hicieron Holanda y Dinamarca; y en cuanto á Suecia, muerto Gustavo, los suecos se dieron por muy contentos con desistir de la preparada invasion. Los príncipes italianos eran opuestos á la revolucion francesa, pero eran tambien impotentes para dañarla; España vacilaba entre intrigas; Rusia escitaba á la guerra, pero su fin no era mas que evitar se le impidiese invadir la Polonia. Prusia y Austria, unidas con los electores eclesiásticos y con otros principillos, presentaron en campaña ciento treinta mil hombres dispuestos á entrar por las Ardenas y asaltar á Paris, á los cuales se agregaban seis mil emigrados capitaneados por Condé, y otros que estaban diseminados en diferentes ejércitos, pues los aliados no se inclinaban demasiado á tenerlos reunidos en un mismo cuerpo de tropas. Los franceses, por su parte, apenas tenian ciento treinta mil hombres en toda la frontera, y esos sin oficiales, sin confianza en sus jefes, sin orden ni disciplina. Pero los aliados perdieron un tiempo precioso, y luego obraron con tanta presuncion como debilidad, creyendo que todo iba á reducirse á un paseo militar y jactándose de ello en orgullosas proclamas (1).

Los habitantes de Paris, culpando de tanta osadía á los aristócratas que no habian emigrado, clamaban que era preciso librar de ellos al país y esterminar á los traidores; y Danton, omnipotente porque era violento, proclamando la necesidad de dar grandes ejemplos, consiguió que se decretase la prision de todos los sospechosos, es decir, de

(1) El mariscal de Broglie escribió al príncipe de Condé: "Una salva de cañonazos ó una descarga de fusilería acabarán en breve con estos argumentadores, y restablecerán el poder absoluto que se aniquila, en lugar del espíritu republicano que se forma."

todos los empleados antiguos, clérigos y moderados, y de cualquiera que tenía un enemigo que lo denunciase. Preparado todo para la matanza, el domingo 2 de Setiembre los sicarios, forzando las cárceles, degollaron a veinticuatro clérigos, y Billaud-Varennes, individuo del consejo que asistió al sacrificio, decía: "Pueblo, tú inmolas a tus enemigos; haces tu deber." Otros doscientos fueron asesinados en la iglesia del Carmen; Maillard pidió vino para los valientes operarios que libraban a la nación de sus enemigos; y después gritó: "¡a la Abadía!" y la muchedumbre, con las manos bañadas en sangre, se precipitó sobre aquellas prisiones, degollando y bebiendo. No obstante, enviaron a sus dueños unas joyas encontradas en aquel encierro, y en medio de la carnicería lloraban de gozo cuando se perdonaba la vida a alguno. A una niña se le concedió la gracia de salvar a su padre, con tal que bebiese sangre de aristócratas. Iguales escenas pasaron en todas las cárceles y terminadas, dijo Varennes: "Amigos, habeis salvado la patria matando a los traidores; se os darán veinticuatro francos a cada uno."

La sangre acrecentó la sed de sangre, y el cómputo de los asesinados en aquellos días, de todo sexo, edad y clase, varía desde seis mil á doce mil. Danton aseguró que ningún inocente había perecido porque todos eran aristócratas; el ayuntamiento se jactó de haber evitado una horrible trama de la corte, dió aviso de lo ocurrido á todos los departamentos, diciendo: que "gloriándose de poseer la plena confianza nacional, que procuraría merecer cada día mas, colocado en el centro de todas las conspiraciones, resuelto á perecer por la salud pública, no se alabaría de haber cumplido con su deber mientras no hubiese obtenido la aprobacion de los ayuntamientos departamentales. Ciertamente, añadía, que la nación, conducida por una prolongada serie de traiciones al borde del abismo, se apresurará á adoptar este medio tan útil y necesario, y todos los franceses se dirán como en París: "al marchar contra el enemigo, no dejemos á nuestra espalda asesinos que degüellen á nuestros hijos y mujeres." El ayuntamiento de París no hablaba á sordos, y en todas partes la soberana plebe ciudadana cobraba en sangre la deuda de tantos siglos de esclavitud: bandadas de asesinos se estendieron por las provincias; bastaba para merecer la muerte el ser sospechoso de *incivismo*; la guardia nacional en unas ocasiones toleraba y en otras contribuía á cometer estos excesos, y la municipalidad de París escitaba el furor de los asesinos.

Marat, acusado de aspirar á la dictadura, se determinó á quejarse en la tribuna de que no se hubieran cortado desde el principio de la revolucion quinientas cabezas; y en su periódico llamaba á los franceses gente muy propia para habladorías, pero inepta tratándose de hechos. Instigábalos á una nueva sublevacion y á que proscibiesen á sesenta

mil ciudadanos; y cuando la execracion universal pidió que fuese acusado y condenado a muerte, él se defendió, no negando, sino tratando de justificar sus principios, y dejó asombrado a su auditorio con su desfachatez espantosa y calculada.

"Me acusan, decía, de proclamar el asesinato, á mí que no he pedido mas que unas cuantas gotas de sangre impura, para evitar que corran rios de sangre inocente! El amor a la humanidad es lo único que me ha hecho reprimir por algunos momentos mi insensibilidad, para lanzar el grito de muerte contra esos enemigos del género humano. Corazones sensibles y justos, á vosotros apelo contra las calumnias de estos hombres de mármol, que sin comoverse prefieren el sacrificio de toda la nación, al de un puñado de criminales."

LA CONVENCION.

Con semejantes auspicios se convocó una *Convencion nacional*, compuesta de individuos elegidos por todos los ciudadanos mayores de edad, sin distincion de clases, que viviesen de sus propios productos, aunque fueran los de sus brazos solos, y que debían tomar sus decisiones en nombre del pueblo soberano. Los triunviros dirigieron las elecciones, que recayeron por iguales partes en jacobinos y girondinos, y por esta causa nació aquella asamblea, única en el mundo por la originalidad de su poder y de sus delitos. Petion fué nombrado su presidente, nombramiento que fué una victoria de los girondinos, los cuales propusieron la adopcion de enérgicas medidas para reprimir los asesinatos y librar del puñal á los presos. Por esto eran odiados de los jacobinos, que luego prevalecieron por ser los mas furibundos. Marat llamaba Circe á madama Roland, y se valia de todos los rumores para acusar á sus contrarios de querer privar á París de la centralizacion y fundar el federalismo; así que la asamblea ya no representaba el tercer estado, sino una chusma dominada por unos cuantos hombres audaces que convencian, no con elocuencia ni con sofismas, sino con imponer miedo y con el apoyo que les daban las tribunas, donde se fingian un falso pueblo y una falsa opinion. Entre estos sobresalía Marat, que representaba desde entonces aquellas clases bajas, frenéticas de envidia, en alto grado declamadoras; destructoras de todo gobierno, sin saberse librar de la miseria por el único medio honroso, que es el trabajo; que querian sublevar á las clases que padecen, pero haciendo padecer á las clases acomodadas; que aspiraban á verificar estos trastornos con el hierro y con el fuego, á incendiar para proporcionarse una posicion, y á ejercer sus crueldades con los ricos y felices para vengar las desigualdades sociales.

Marat, partidario acérrimo del asesinato, pretendia en la tribuna acreditarse de hom-

bre honrado mostrando sus vestidos rotos; sacaba una pistola y se la aplicaba á la cabeza, pronto á matarse si no le daban la razon, y en su tugurio ponía por escrito los rugidos de la plebe y pedía sangre de traidores (1).

Lo que á Danton le agradaba mas de la revolucion era el movimiento, importándole poco los principios; necesitaba la agitacion tumultuosa, el huracan, de cualquiera parte que viesese, con tal que sometiera á su poder hombres, fortunas y cosas. Como hombre que nada elevado veia en sus semejantes, y que por tanto no pensaba mas que en sacar de ellos todo el partido posible, no tenía escrúpulo en hacer traicion á cualquiera; recibió cien mil francos del rey, diciendo: *yo le salvaré ó le mataré*; aceptó la corte el encargo de amotinar á la plebe, cometiendo un acto doble de inmoralidad; no se ruborizaba delante de aquellos á quienes se vendía, y para hacerse comprar se presentaba descaradamente á Orleans, á Lafayette, á la corte. Esclavo revoltoso y dominador petulante, no aspiró á destruir la tiranía sino para establecer en su lugar otra mas dura: tomaba por genio la crueldad, despreciaba al que se detenía, aunque fuese delante del delito, y se admiraba él mismo de lo escandaloso de sus actos de violencia y de su falta de remordimientos (2).

(1) Marat, en el *Amigo del pueblo*, se pintaba de esta manera á sí mismo: "Yo á la naturaleza debo el temple de mi alma; á mi madre el desarrollo de mi carácter. Ella fué la que cultivó en mi corazón el amor á la justicia y á los hombres; por mis manos hacia pasar los socorros que daba á los pobres, y el interes con que les hablaba me inspiró desde muy niño la misma ternura hacia ellos. En aquella edad no podia yo sufrir el espectáculo de los malos tratamientos contra mis semejantes; el aspecto de un acto de crueldad escitaba mi indignacion; la vista de una injusticia me hacia palpar el corazón como si fuera un ultraje personal... Los mayores placeres los he encontrado en la meditacion, en aquellos momentos tranquilos en que el alma se maravilla con el espectáculo de los cielos, ó cuando reconcentrada en sí misma parece escucharse en silencio, pesar en la balanza de la verdadera felicidad la vanidad de las grandezas humanas, sondear el porvenir, buscar al hombre mas allá del sepulcro é investigar con inquieta curiosidad los destinos eternos. Veinticinco años he pasado en el retiro, en la lectura, en la meditacion de los mejores libros sobre la moral, la filosofía, la política, para deducir de ellos lo mejor que en sustancia contuvieran."

(2) Marat es uno de los héroes favoritos de Lamartine, pero mas lo son Danton y Robespierre, como Desmoulin es el de Thiers: Lamartine dice que *le cœur national de la France semblait battre dans la poitrine de Danton*; y después de hacer el elogio de Robespierre, añade que *on admirait, mais, on n'honorait pas ainsi Danton*. [Histoire des Girondins, 54. XXI.]

Los moderados se veian precisados á adular á estos dos hombres, así como al duque de Orleans, que habia vuelto á París y se titulaba Felipe Igualdad, al abate Grégoire que llamaba á las dinastías reales *razas devoradoras que se apacientan con la sangre del pueblo*, y á la historia de los reyes *martirologio de las naciones*; y por último, á Robespierre que habia llegado á ser ya jefe de la Montaña. Por inspiracion de estos se proclamó la república una é indivisible y se anunció una nueva era (22 de Setiembre de 1792). Todos los ciudadanos fueron declarados electores y elegibles para todos los empleos y funciones; creáronse otros asignados sobre los bienes de los emigrados y se comenzó la obra de una nueva constitucion (1).

(1) Contra este derecho de la nación á revisar la constitucion, decía Malouet: "Grave peligro hay en hacer caminar de frente una revolucion violenta y una constitucion enteramente libre. La una se verifica entre el tumulto de las pasiones y las armas; la otra no puede establecerse sino por medio de transacciones amistosas entre los principios viejos y nuevos. La revolucion es una tempestad, durante la cual es preciso arriar las velas ó zozobrar; pero después de la tormenta el que fué por ella combatido y el que no lo fué, gozan juntos de los beneficios de la calma. Así después de una revolucion, la constitucion, si es buena, reanuda los lazos entre todos los ciudadanos. No debe haber en el país una sola persona que pueda peligrar por espesarse claramente acerca de la constitucion. Si esta seguridad no existe, no hay voto verdadero, ni juicio ni libertad; no queda mas que un poder predominante, una tiranía, popular ó de otra especie, hasta que se separe la constitucion de los movimientos de la revolucion... Ignorando el mecanismo de una sociedad política, habeis aspirado á su regeneracion sin pensar en su disolucion; considerásteis como un obstáculo á vuestros planes el de-contento de los unos y como un medio la elevacion de los otros: queriendo abatir solamente los obstáculos, destruisteis los principios y enseñásteis al pueblo á desconfiar de todo. Tomásteis por auxiliares las pasiones del pueblo, elevando el edificio al mismo tiempo que le minábais los cimientos... Fuera del despotismo, no hay constitucion libre y duradera sino aquella que pone término á una revolucion y que es propuesta, aceptada y puesta en práctica con formas pacíficas, libres, enteramente diversas de las formas revolucionarias. Todo cuanto se hace ó se pretende hacer con las pasiones antes de llegar á este punto de reposo, ya se mande, ya se obedezca al pueblo, bien se quiera adularlo, bien engañarlo ó bien servirlo, no es mas que delirio. Yo pido que la constitucion sea libre y pacíficamente aceptada por la mayoría de la nación y por el rey. Sé que se da el nombre de voto nacional á todos estos proyectos, mensajes, adhesiones, juramentos, agitaciones, amenazas, violencias. Urgo terminar la revolucion comenzando por aniquilar todas las disposiciones que la infringen, las comisiones de indagacion, las leyes